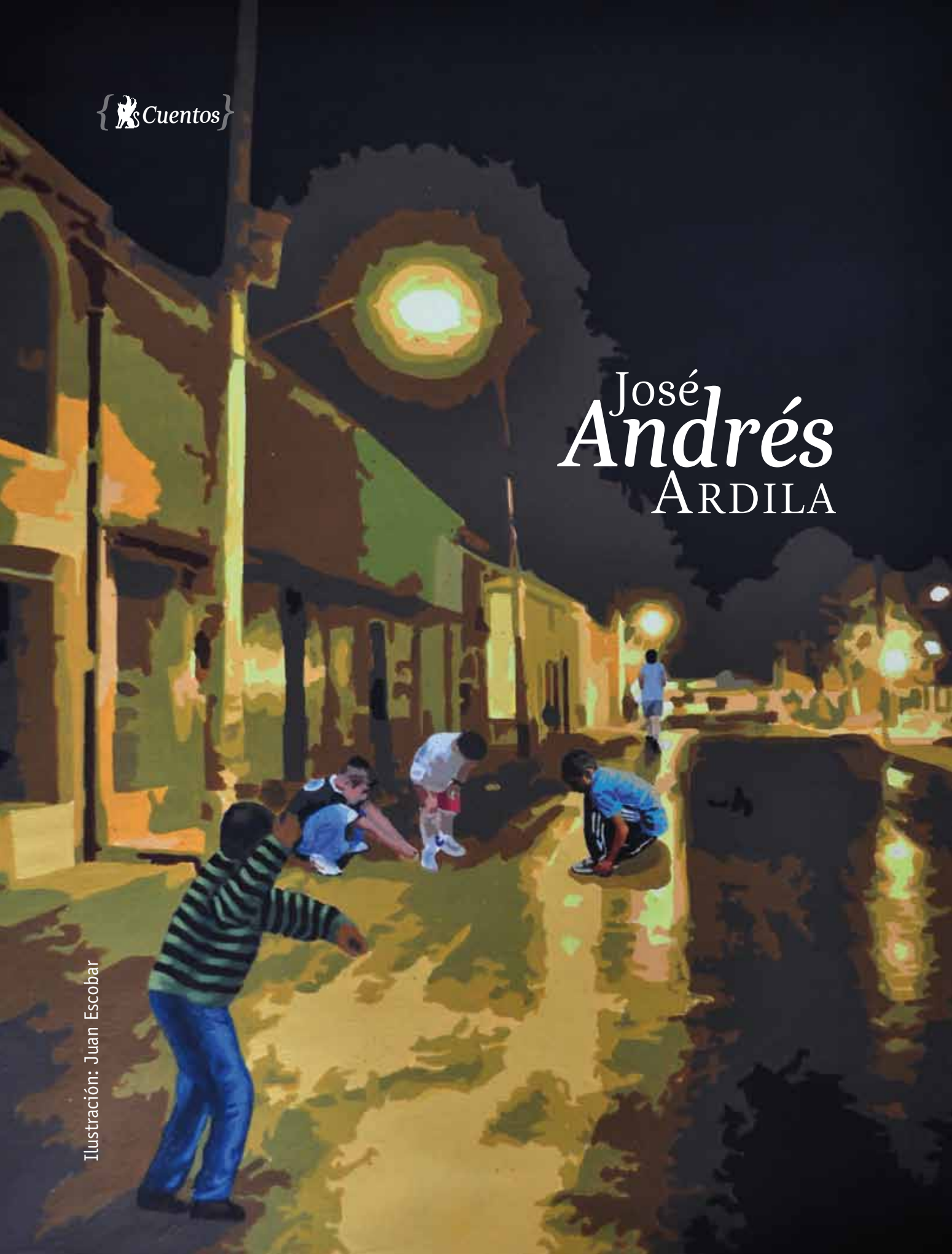


{  Cuentos }

José
Andrés
ARDILA

Ilustración: Juan Escobar



El complejo de David

La primera pedrada se la di al Topo por accidente.

Era niño.

Di tú... unos cinco o seis años... O siete, ponle.

El Topo era un negro enorme, aunque debería tener la misma edad que yo. En el barrio lo admirábamos por ser tan grande y le temíamos al tiempo. Queríamos jugar con él, estar del lado ganador, y, a la vez, lo odiábamos profundamente, porque nunca fuimos capaces de ver venir el golpe.

Creo que en esa ocasión yo perseguía a mi hermano mayor por quién sabe qué cosa. Supón que me escupió en la cara y salió corriendo. No importa.

Era de noche, de eso sí que estoy seguro. Tengo la imagen patentica en la cabeza: las calles oscuras del barrio rebanadas, de pronto, por cuchillas amarillentas, como con los filos oxidados. Caían de muy arriba, porque cuando se es niño todo parece que queda muy arriba. Distante. Y la verdad es que la luz caía apenas unos metros, desde los postes del alumbrado público.

Los cucarrones se amontonaban alrededor de las lámparas. El suelo estaba forrado de cucarrones muertos. Uno caminaba por ahí y era una crujidera lo más de fea bajo los pies de uno. También estaba ese olor en el ambiente, como agrio, como maluco, ¿me entiendes?

Todos los pelaos del barrio jugaban cerca del poste de la lámpara de mi cuadra. Procuraban no salir mucho del dominio de la luz. Porque más allá... No era que no se pudiera ver nada... Se trataba, más bien, de que las cosas parecían más correctas bajo aquella luz amarillenta. Alejarse resultaba inapropiado. Poco natural.

Di tú que jugaban bolitas. O trompo. O la lleva. Eso tampoco importa.

Mi hermano, en la huida, atravesó la multitud como un puerco loco. Y en tanto yo ya estaba sin aliento, él parecía inagotable.

Me di por vencido. No podría alcanzarlo nunca.

Entonces me agaché y cogí una piedra así de grande —en serio, ¡así de grande!—, apunté finito y la lancé con fuerza. Cuando oí los gritos, a oscuras, me di cuenta de que había cerrado los ojos justo en el momento de lanzar la piedra, como si quisiera amarrar la suerte.

La piedra fue a dar en la cabeza del Topo. Es decir, a media cuadra de mi hermano. El Topo lloraba. Se agarraba la cabeza. Se revolcaba entre los cucarrones muertos. Y me pareció tan diminuto. Tan extraño. Ese animal invencible, deshecho en lágrimas por no más que una pedradita. Porque no importaba el tamaño de la piedra, comparada con él, siempre iba a parecer minúscula.

Nadie me creyó que no fue de aposta. Mi hermano negó cualquier persecución. Cuando se enteró mamá, me arrastró hasta la casa del Topo y me obligó a pedir disculpas. Lo cierto es que desde el primer momento tuve unas ganas inmensas de pedir perdón, pero el miedo a la reacción del Topo me impidió dar un solo paso. Y además, todo el mundo me miraba de esa cierta forma que no sé cómo describirte ahora, pero que me decía más o menos “Quédate atrás, ya has hecho suficiente. Has arruinado el juego”.

Su mamá apareció de pronto, gritando, como una bestia, y lo levantó del piso con una tunda de chancletazos porque esas no eran horas de estar buscando bonches en la calle, que cuándo, de una buena vez, iba a dejar de dar problemas, que no es justo, muchacho del demonio. Supongo que estaba acostumbrada.

Tampoco salí impune, desde luego. Solo que no recuerdo mi castigo. Puede que debiera encargarme de la cocina por una semana o de limpiar el baño o yo qué sé. Por alguna razón, eso no pareció importarle a mi memoria. Lo que sí recuerdo es que en la cuadra todo cambió desde ese momento y para siempre. Yo era el niño que le dio la pedrada al Topo, después todo, y el Topo nunca intentó tomar venganza. O podría ser que nunca pudo: Yo me fui sintiendo cada vez más cómodo en la intimidad de mi cuarto, y las calles eran tan ajenas, todos esos niños tan repentinamente estúpidos...

La segunda pedrada fue impulsiva, pero voluntaria. Se la di a Roberto.

Tendría unos quince años.

Fue en un paseo del colegio al río de La Fortuna, creo. O al de Guapá. Uno de los dos, decide tú.

Mi hermano, el mayor, iba en el paseo. Como él había perdido un año, terminamos compartiendo el mismo curso. Los mismos compañeros. Los mismos maestros. Yo fui el primero de la lista hasta que llegó mi hermano y me desplazó a un segundo lugar por las leyes irrefutables del orden alfabético.

Todo fue una pesadilla.

Aquel día, cuando al fin me atreví a meterme al agua, mi hermano me recibió con una sarta de bromas sobre la flacura de mi cuerpo o sobre el tamaño de mis orejas o qué sé yo. Di tú que era muy flaco y mi hermano se burlaba desde la orilla. Ya estaba acostumbrado. Debía estarlo. Pero después de media hora, me hastió de tal manera, que nadé a hasta la orilla dispuesto a acomodarle un par de puños en la jeta. Sin embargo, no alcancé a salir completamente del agua cuando todo el mundo estalló en una carcajada. La corriente había arrastrado mi pantaloneta de baño río abajo. Y yo estaba ahí: Desnudo. Furibundo. Desnudo.

Mi hermano apenas podía mantenerse en pie de la risa que tenía. Cuando me agaché a coger la piedra, se cubrió con el cuerpo de Roberto. Roberto era el más grande de la clase y su mejor amigo. Me miraba desde allá arriba con una carcajada directa, amplia, provocadora. Devolvía el eco desde las colinas distantes. Bueno, no me creas eso porque exagero. Pero se reía de frente, eso puedes creerlo. Estaba tan seguro de que podía reírse impunemente de mí...

De manera que no le vi problema a intercambiarlo con mi hermano. Le clavé la pedrada en el ojo izquierdo.

El asunto se fue de cirugía y todo. Y si no estoy mal y los chismes fueron ciertos, ahora Roberto es un obrero bizco. Y achica los ojos para que no se note de a mucho, pero se nota, solo que nadie se lo dice.

Mi hermano negó cualquier provocación. Lloró a moco tendido por el daño causado a su amigo. Fui expulsado del colegio a pesar de que mamá me arrastró también esta vez hasta la casa de Roberto y me obligó a pedir disculpas.

Roberto me miraba, diminuto, desde una de las poltronas de la sala. Y yo dije: —Perdón. No quise hacerlo. Fue culpa de mi hermano.

Y todos tomaron mis palabras con un silencio sospechoso. Hasta mamá.

No quise hacerlo, en serio. Es decir, no quise dejarle un ojo picho al gorila de Roberto, no. Solo quise romperle la frente. Algo así. Reducirlo a la nada que se redujo el Topo aquella primera vez. Pero una nada inofensiva. Una nada de luz amarillenta.

En la casa, a pesar de que a los dos hechos los separaban varios años, empezaron a intuir el síntoma de alguna cosa, algo, alguna cosa. Imagina tú alguna cosa. No tengo que decirlo todo.

Me gradué apenas de secundaria, en otra parte. Cualquiera. Estudié una técnica en archivos, que viene siendo más o menos aprender a guardar papeles que no le importan a nadie pero de los que nadie se atreve a deshacerse. Me gradué con honores, si es que eso tiene algún sentido. Y apenas pude, me fui a vivir a la ciudad, lejos de mi casa. Renté una habitación. Y luego otra en un lugar distinto. Y luego otra. Y otra. Y así hasta que un día me cansé de moverme y decidí quedarme en la misma pieza sin importar lo que pasara. Era un rectángulo estrechísimo. Apenas cabían la cama y el computador. Para llegar al baño, en un extremo, debía hacer todo tipo de piruetas. La humedad se filtraba desde la ducha hacia las paredes. Las cucarachas tenían razones de sobra para sentirse a gusto. El cuarto quedaba al pie de la cocina, de manera que era consciente, desde temprano, de toda la actividad de la casa.

No cogí una piedra en un par de décadas. Pero las tentaciones llegan de formas misteriosas.

Mi último casero era un hombre gordo. Desagradable, como todos los caseros y como toda la gente gorda. Rendía la comida. Cortaba el agua a ciertas horas del día. Se comunicaba a gritos con los inquilinos. Y jugaba al chance de forma compulsiva.

Una vez amanecimos sin servicios públicos. Tuve que ir a trabajar sin siquiera lavarme los dientes. Hacía un tiempo que había empezado a guardar papeles de cualquier forma, puesto que si no le importaban a nadie, nadie iba a enterarse nunca. Pero ese día a alguien le importó un papel que había guardado mal y no hubo manera de hallarlo. Al finalizar la jornada fui despedido. Llegué a la casa. Quise dormir hasta que me doliera el cuerpo. Recibí una llamada al celular. Era mi hermano. Me informó que mi cuarto había sido transformado en un taller de confecciones. Que no quedó alternativa. Que ese cuarto estaba inofensivo desde hacía años. Colgué. Me recosté. Estuve dispuesto a obviar el asunto hasta la mañana siguiente. Cerca de las ocho de la noche, sin embargo, oí el grito del casero, desde la cocina, al pie de mi cuarto.

—No es necesario gritar —le dije—. Qué quiere.
—Estoy recogiendo entre todos para reconectar los servicios.
—¿Qué?
—Que estoy haciendo una recolecta, para pagar los servicios mañana mismo.
—Esa es su responsabilidad.
—Y la de ustedes.
—¿Que qué?
—Pagan muy poquito, hombre. No sea conchudo.
—No voy a pagarle nada.
—Entonces necesito que se vaya.

Algo se apagó dentro de mí en ese exacto momento. Sé que continuó hablando. Quejándose de lo poco que pagaba yo por una habitación con baño. Lo sé. Tengo alojada esa información en un lugar enrarecido de mi memoria. Pero lo que con más nitidez recuerdo es que caminé, lentamente, hasta el mesón de la cocina y que tomé la piedra que usábamos para partir la panela. Que la sopesé en mis manos. Que me acerqué en silencio al casero y que él, como los otros, me miraba como si yo no fuera a atreverme a hacer algo tan temerario. Como si estuviera completamente por fuera de mis capacidades. Le partí el cráneo con el primer golpe, sin soltar la piedra. Luego, después de que se desplomó en el suelo, me monté sobre su barriga enorme y le asenté otras seis pedradas agarrando la piedra con las dos manos. Su rostro se hundió con cierta gracia indescriptible. La luz amarilla del foco de la cocina hacía que todo se viera con cierta gracia indescriptible. Natural, ¿entiende? Correcta.

En fin.

Esa es la razón por la que estoy acá. Es tu problema si quieres creerme o no. La gente suele no creerme nada. No me creyeron cuando dije que golpeé a Topo por accidente, cuando dije que no quise dejar bizco a Roberto, y tampoco cuando dije que no había sido mi intención matar a pedradas al casero aquel, que solo quería verlo, di tú, vuelto nada, como el Topo, di tú, una pedradita no más, bueno, cinco.

Cinco no más.

Nadie me cree.

Nunca.

Y ciertamente, tampoco me creen cuando digo que tengo un hermano mayor. ■



José Andrés Ardila
(Colombia)

Chigorodó, 1985.
Estudiante de Periodismo de la Universidad de Antioquia. En 2012 ganó el Primer Estimulo al Talento Creativo de Antioquia, modalidad cuento, con el libro *Divagaciones en el interior de una ballena*. Ha publicado algunas crónicas y cuentos en *El Malpensante*, *Universo Centro* y El magazín digital de *El Espectador*. Pertenece al taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia.